

La muerte de San Ignacio revelación de su vida

José Ramón Alberdi S. J.

Quisiera en este artículo llevaros a la cabecera de moribundo de San Ignacio. Porque este acto sencillo de su muerte, cuyo cuarto centenario estamos celebrando, nos dará, mejor que un discurso, la medida y la calidad de su verdadera psicología y santidad.

Nada muestra mejor que la muerte consciente lo que es una personalidad. En ese momento desaparecen, casi por completo, todos los motivos humanos que influyen en vida; al mismo tiempo toman plaza las puras fuerzas de la personalidad. Queda el hombre vacío de lo ajeno y lleno de lo propio. Nunca se es más uno mismo que cuando se muere con conciencia. Y nunca se es tampoco menos un mismo, en cierto sentido. Porque en ese momento combaten en el hombre su debilidad y su fuerza, sin ayudas, como dos gladiadores desnudos de arriba abajo que combaten sin más puñal ni espada que su piel y sus puños.

La debilidad física inunda a todos en ese trance y si hay fuerza en el alma, esta sobrenada; de lo contrario, se hunde.

Es la hora de la prueba, del examen sin trucos, del duelo sin escapatorias.

La agonía es como un espectroscopio que nos descubre la gama de calidades del alma. Allí aparecen, con su tono nítido, colores que no se podían diferenciar mezclados con el barro de la vida.

¿Queréis saber qué densidad tenían en la vida de tal hombre la religión, la codicia, la paz o el trabajo? Observad sus últimos momentos. No hay análisis químico, como la fiebre de esas horas para descomponer los últimos elementos de la psicología más refractaria. La fortaleza, el terror, la paz, la inconciencia, la cobardía, la inquietud, el dominio, la esperanza, la franqueza, la negligencia, la temeridad, el gozo, serán los compañeros del hombre a la muerte según que hayan sido o no compañeros de vida.

Con la perfección y belleza neoclásica que le caracterizan comienza así el P. Ribadeneira el relato de la muerte de San Ignacio: "Este era el estado de la Compañía cuando nuestro B. P. Ignacio afligido por la turbación de los tiempos y de las nuevas calamidades de la Iglesia, y abrasado del deseo

de verse con Cristo, con grandes lágrimas y vehementes suspiros comenzó a pedir a Nuestro Señor que fuese servido de sacarlo de este destierro y llevarle a aquel lugar de descanso donde con la libertad que deseaba pudiese alabarle y gozar de su bienaventurada presencia”.

Ribadeneira no exagera. El corazón de San Ignacio rebosaba de amargura. Podemos imaginarnos el dolor de aquel paladín de la unidad católica al ver en guerra a los dos jefes supremos de la cristiandad, Paulo IV y Felipe II. Tan violenta fué su crisis de dolor que no pudo sufrir el sentido de los tambores y pífanos de guerra y el ruido de los arcabuzes y de la artillería a los que sus oídos estaban por otro lado tan acostumbrados y se retiró a una casa en las afueras de Roma “para llorar más a su solas tan grande calamidad”.

De aquí volvió ya con la muerte a cuestas. Pero al sentirse morir su dolor se trocó en un gozo inmenso. Solo por adivinación podemos conocer la magnitud del gozo que experimentan los santos de vida mística al sentir que van a unirse definitivamente con Cristo. El grito de San Pablo: “¡ay qué ansias de morir y estar con Cristo!”, se traduce en San Ignacio por aquel su pacífico meterse en cama, callarse y esperar.

Ni los médicos ni los Padres de la Comunidad dieron importancia a la fiebre de San Ignacio y él tuvo buen cuidado de no suscitarla. Callado en su lecho, arropaba en sosiego y contemplación el gozo que como un ahogo le inundaba por completo. ¡Qué tremendas aventuras había corrido aquel hombrecillo que suspiraba jaculatorias en la semioscuridad!

Y San Ignacio se acurrucaba procurando hacer mayor el silencio. Temía que le robaran su tesoro de humillación y soledad, el último servicio que quería ofrecer a la mayor gloria de Dios.

La menor alarma hubiera hecho irrumpir en su cuarto a toda la comunidad y a muchos personajes ilustres de Roma. Estas visitas hubieran roto la fragilidad cristalina de aquellas lágrimas que envolvían su espíritu. Quería legar a sus hijos, como la más preciosa herencia, su ejemplo de recogimiento en la presencia divina.

Hoy no tenemos nosotros tesoro más grande que esas lágrimas y suspiros. Agua de un torrente de oración contemplativa, que todavía nos riega y reverdece.

La Compañía de Jesús hubiera muerto hace mucho tiempo si no tuviera en sus raíces ese manantial de oración gigante que se nutre en contacto con la esencia divina, de esa oración gigante de nuestro Padre, oración anegada en las grandes gracias de la unión y que nosotros sus hijos adivinamos que tuvo que resplandecer de manera definitiva en aquella última noche de agonía que nuestro Padre pasó completamente solo.

Nosotros los jesuitas no tenemos orgullo del Capitán valeroso de la ciudadela de Pamplona; ni del General y Fundador de nuestra Orden religiosa; ni del genial escritor de las Constituciones; ni del formidable impulsor de las misiones entre infieles; ni del providencial reformador de la piedad moderna; ni del creador de las más célebres universidades eclesásticas modernas...

Tenemos orgullo de su santidad, de cuyas rentas vive nuestra miseria. Orgullo de aquella conversión que sin los caracteres aparatosos de la con-

versión de San Pablo tuvo la misma respuesta enérgica, radical y autencia. Orgullo de aquella entrega a Dios tan ardiente y generosa que aun sacude con su ejemplo, con estremecimientos, nuestra tibieza del cristianismo del siglo XX, de aquellas penitencias exageradas y bárbaras, pero que Dios aceptó porque eran un grito de fé intrépida de latigazos y ayunos en una Iglesia que se asfixiaba de comodidad y glotonería; orgullo de su enorme fe, esperanza y caridad y de aquel su extraordinario enamoramiento de la esposa mística de Jesús, la Iglesia, a la que amó con deseo de que nadie le superase en el amor y por cuya devoción nos legó a los jesuitas una mística de apostolado que es nuestra gran cruz y nuestra gran gloria a la vez: la Compañía de Jesús tiene como mística que se ha impuesto voluntariamente por amor a la Iglesia no la mística de arriesgar las doctrinas, hoy tan seductora, sino la mística de arriesgar las vidas por la doctrina segura de la Iglesia, mística de nuestra vida por las que hemos sido tantas veces incomprendidos, menospreciados y aun calumniados. Nosotros tenemos orgullo de aquella su eximia pureza de intención en todos los actos de su vida, de aquel su apegamiento a la Voluntad Divina, en suma, que el cielo premió con un diluvio de dones místicos, solo igualados en los más grandes favores de Dios y que fueron en definitiva la causa principal de su muerte.

Sin las universidades norteamericanas, sin las avanzadas misioneras tan gloriosas, sin los observatorios y los centros de investigación, sin casas de ejercicios, sin congregaciones, sin libros, sin escritores, sin operarios, la Compañía de Jesús podría vivir.

Sin esa agonía solitaria de San Ignacio, no.

Más que a San Pedro y San Pablo, más que a todos los apóstoles juntos, más que a la sangre de todos los mártires debe la Iglesia su crecimiento a la Soledad de María Santísima, a su oración de Madre de Dios.

De la misma manera la Compañía. Más que a la teología de Laínez y Salmerón, más que a la colaboración organizadora de Polanco, Nadal y Aquaviva, más que a las conquistas de Javier y de Fabro y de Canisio, más que al influjo de Borja, debe la Compañía su ser a la muerte silenciosa de San Ignacio.

En esa muerte plegó sus alas la majestuosa oración de San Ignacio. Aguila de misterios trinitarios, en cuya intimidad bebió la ciencia de las Constituciones, la oración de San Ignacio rinde su vuelo en esta muerte con el único gesto elegante posible proporcionado a su gradeza, es decir con silencio y humanidad. Nunca el sol al ponerse sobre las ruinas imperiales de Roma tuvo la majestad de la muerte de San Ignacio. Contemplad su cuerpo rendido. Flota en un invisible nimbo de vida mística. La inercia de sus miembros no es más que un poderoso velo que oculta sus abrazos con Dios. El cuerpo se agrieta por el fuego que hay dentro. Ya todo Ignacio es fuego vivo de amor perfecto, una abullición fervorosa que no se ve pero se adivina, porque se ve desaparecer rápidamente quemado y calcinado el follaje mortal de su cuerpo. Eso es lo que vemos sobre esa cama. Despojos, cenizas de un gran incendio atizado por la salvación de las almas. Fatiga, agotamiento de quien no ahorró un esfuerzo por la Iglesia.

Y lo que vemos de sencillez y paz no es más que una consigna de santidad, de lo más delgado y fino de la santidad.

Los días anteriores había confesado y comulgado, sin que los de casa quisieran darse cuenta de que se les iba. La víspera de su muerte llamó al

P. Polanco y le dijo: "Maestro Polanco, ya se llega la hora de mi partida..." y ordenó al atónito secretario que fuese inmediatamente al Vaticano a pedir al Papa su última bendición.

Con todo nadie creyó en la gravedad. Alguien incluso pensó que San Ignacio sentía a causa de la debilidad, un pasajero temor a la muerte. La verdad era muy distinta. Dejemos que nos la cuente de nuevo el P. Ribadeneira:

"por una parte la enfermedad no parecía grave y los médicos mostraban no tener peligro. Y el mismo Santo Padre no hacía novedad en su manera de trato, antes aquella misma noche, con el mismo semblante de alegría que acostumbraba, trató con los nuestros un negocio que se ofrecía, porque como era tan humilde no quiso hacer ostentación de los dones de Señor, sino dejar hacer a los médicos su oficio, y que se siguiera en todo su parecer..." "... Hombre verdaderamente humilde y que hasta en aquella hora lo quiso ser, y acertó a serlo, pues sabiendo, como supo, la hora de su muerte, ni quiso él, como pudiera, dejar nombrado Vicario General, ni llamar a sí, ni juntar sus hijos los que presentes se estaban, ni amonestar, ni exhortarlos, ni hacer otra demostración de Padre, echándoles su bendición, para enseñarles con este hecho que ellos pusiesen todas sus esperanzas en Dios y de Dios dependiesen y pensasen que él, ni se quería tener por nada, ni pensaba que había sido nada en la fundación de la Compañía..."

En las líneas de Ribadeneira hay como un tono de represión para el Padre. Pero represión de hijo. De hijo que no acaba de consolarse de que el padre hubiese partido sin darle el abrazo de despedida. Pero el hijo habla en un tono de tanto amor...! Comprende, en la pena, que esta muerte era la suprema y concentrada lección de toda la vida del Padre. Mojadas con emoción y respeto le salen las frases al Padre Ribadeneira, entrecortadas, tiernas, vivas y tan sencillas, tan sencillas como sollozos de niño.

Los padres y hermanos de la comunidad, tercos en su idea de que la enfermedad del santo no era grave, se retiraron a descansar. San Ignacio los dejó salir, para que descansaran, y quedó solo, sin pedir nada, ni siquiera una cosa tan comprensible en aquellos momentos como la compañía de alguno de sus hijos; quedó solo sabiendo —y esto es lo extraordinario— sabiendo que aquellas iban a ser las horas de la agonía. Siempre fué valiente.

"Vuelven los Padres en amaneciendo —termina Ribadeneira— y hallanle casi expirando; quiérenle dar un poco de substancia, y díceles: "ya no es tiempo de eso"; y levantando las manos y los ojos fijados en el cielo, llamando con la lengua y con el corazón a Jesús, con un rostro sereno dió su alma a Dios..."

En la mañana del 31 de julio de 1556, una hora después que se levantara el sol, se hundía la vida de San Ignacio de Loyola.